



Extracted from *Thinking Politics: Think Tanks and Political Parties in Latin America (Spanish)*

© International Institute for Democracy and Electoral Assistance 2009.

International IDEA, Strömsborg, 103 34 Stockholm, Sweden
Phone +46-8-698 37 00, Fax: +46-8-20 24 22
E-mail: info@idea.int Web: www.idea.int

Introducción

Enrique Mendizabal

Hace unos años, en un taller de una conferencia del Global Development Network celebrada en Dakar, un participante argentino pidió la palabra durante una discusión sobre el uso de la evidencia en el desarrollo de políticas públicas. En inglés, al referirse a un funcionario público, utilizó el término *politician*. Un indio que estaba sentado junto a él lo corrigió, explicando que a quien se había referido era, en realidad, a un *policy maker* y no a un *politician*. El argentino lo miró confundido y repitió que, en efecto, era un *politician*. “*Polymaker*”, lo corrigió de nuevo el indio. “Ah, bueno, es lo mismo”, dijo el argentino y continuó con su argumento.

Este intercambio no solo ilustra el hecho de que —en parte por el idioma— se nos hace difícil diferenciar entre el político y el funcionario público de carrera (que desarrolla e implementa las políticas o las *policies*), sino también muestra que, en Latinoamérica en particular, lo técnico y lo político coexisten. La noción de mundos separados —la academia y la política— es difícil de defender.

De hecho, el rol de los *think tanks* no ha sido estudiado con el mismo esfuerzo con el que lo han sido los roles de otras organizaciones de la sociedad civil. Las redes tecnocráticas, los grupos privados y ocultos de poder, los medios, y otros actores informales que afectan el proceso de las políticas permanecen aún relativamente ausentes del análisis.

El presente estudio llega cuando la atención sobre los *think tanks* parece estar en ascenso. Existen nuevas iniciativas de apoyo a *think tanks* en países en desarrollo y la reciente edición del *Think tank index* del Foreign Policy Research Institute ha despertado un gran interés en los medios de prensa globales. Es importante señalar que muchas de las lecciones que surgen de estudios como este, y que parecen novedosas desde la óptica de las sociedades industrializadas, son características propias de la tradición latinoamericana.

A diferencia de otros contextos más estudiados, como por ejemplo el de los Estados Unidos de Norteamérica, donde los *think tanks* se fundan de manera independiente al espacio político, en Latinoamérica los *think tanks* se originan en un espacio de contestación política enfocado, primero, en la lucha por la independencia y, segundo, en la construcción de la república. Los precursores de los *think tanks* modernos, la Sociedad

Académica de Amantes del Perú (1790) y los periódicos liberales y conservadores colombianos de la segunda mitad del siglo XIX, son ámbitos de debate intelectual y académico fundamentalmente políticos.

Definiciones

Nos hemos enfocado en un tipo de organización de la sociedad civil: los llamados *think tanks* o centros de pensamiento (o ‘tanques de pensamiento’ si tomamos la traducción literal, dejándonos con la duda de si nos referimos a un tanque como recipiente o pecera, o como vehículo blindado de guerra). Definirlos ha sido particularmente difícil, ya que en cada estudio de caso encontramos un número diverso de organizaciones que cumplen las funciones de *think tanks*. Por lo tanto, es imposible sugerir que existe un tipo de organización ideal. Esta opinión es compartida por Andrew Rich en su texto *Think tanks, public policy, and the politics of expertise* (2006). De hecho, la variedad en la oferta de *think tanks* es la primera lección de la investigación y evoca las lecciones aprendidas en el estudio de redes de Mendizabal (2006).

Adolfo Garcé, en su estudio marco, sugiere que los *think tanks* desempeñan una serie de funciones, incluyendo la generación y difusión de información y análisis sobre problemas de gobierno y políticas públicas, y que pueden constituirse en organizaciones de distintos tipos. También argumenta que las características de los *think tanks* pueden explicarse por el momento de su surgimiento en el contexto regional y local. El estudio de Rich (2006), centrado en *think tanks* de los Estados Unidos de Norteamérica, concuerda con que el momento en el que los *think tanks* fueron fundados afecta sus características, y añade que los cambios en el contexto en el que estos operan tienen efectos transformativos sobre ellos.

Citando el trabajo de Diane Stone y Andrew Denham (2004), Garcé sugiere tres momentos: un primer momento desde la Segunda Guerra Mundial y la década de los sesenta, inspirado por la influencia del positivismo y la visión de un gobierno científico y moderno; un segundo momento de desarrollo como respuesta a las dictaduras de los sesenta y setenta; y un tercer momento durante los noventa como consecuencia de procesos de liberalización política y económica, que vio el surgimiento de una gran variedad de organizaciones inspiradas en nuevas formas asociativas y de gestión.

Estos momentos históricos forman la base de una tradición latinoamericana de *think tanks* que Adolfo Garcé advierte que no es fácil de definir, pero que sugiere una relación natural con la política:



Cada uno de los tres grandes momentos de formación de *think tanks* se manifestó de un modo distinto en los diferentes países. Como consecuencia de este proceso histórico conviven organizaciones de muy diverso tipo: centros universitarios clásicos básicamente orientados a la investigación con centros de estudios privados especializados en consultorías y asesoramiento; oficinas de planificación y evaluación de políticas alojadas en el aparato estatal con ONG orientadas a la *advocacy*; centros privados financiados por el sector privado con *think tanks* al estilo anglosajón focalizados en el debate público.

Los estudios de caso coinciden con Garcé y contribuyen a describir a los *think tanks* como organizaciones que hacen uso de evidencia basada en la investigación para buscar incidir, directa o indirectamente, en las políticas públicas y privadas. Esto lo hacen mediante la producción de investigaciones aplicadas, las asesorías o consultorías, la interacción con los medios, el desarrollo o la participación en redes de políticas, la participación formal y directa en procesos de políticas, las relaciones informales con tomadores de decisiones y poderes de facto, ofreciendo espacios de reflexión, etcétera. Esta clase de actividades o modos de trabajo reflejan la tipología de generadores de conocimiento desarrollada por Livny, Mehendale y Vanags (2006)¹: de análisis o solución de problemas, de crítica o abogacía, y de investigación rigurosa y fundamental.

Si bien este estudio se enfoca en los *think tanks*, lo hace en relación con los partidos políticos, como una aproximación al proceso de generación de las políticas. Garcé usa la definición de Klingemann, Hofferbert y Budge (1994) y establece que los partidos políticos son los principales actores del sistema que vincula a los ciudadanos con el proceso de gobierno. Los partidos agregan las demandas de la ciudadanía, presentan programas o estrategias de gobierno que incorporan un proceso de priorización de tales demandas y proveen de cuadros técnicos al Estado (en el gobierno y la oposición). Belletini y Carrión ofrecen, citando a Sartori (1980), una definición práctica que establece un punto de diferencia con otros actores políticos: “Un partido es cualquier grupo político que se presenta a elecciones y que puede colocar mediante elecciones a sus candidatos en cargos públicos” (p. 90).

El trabajo marco de Garcé resalta la diversidad existente en las relaciones entre *think tanks* y partidos políticos, y llama la atención sobre la diferencia entre *think tanks* externos e internos. Estos últimos suelen permanecer ocultos a los ojos de la cooperación internacional, sin embargo son, de acuerdo con los estudios de caso, importantes motores de cambio. El caso de Colombia es claro: los *think tanks* internos han contribuido en la definición, consolidación y promoción de ideas y políticas. Pero, al mismo tiempo, han ofrecido la base intelectual o ideológica a las facciones políticas que, en su desarrollo, han definido la evolución de los partidos ya sea consolidándolos o quebrándolos.

Los *think tanks* internos pueden considerarse, además, indicadores del valor que los partidos políticos le confieren a la evidencia en el campo de la política. Sistemas más estables como el chileno, el colombiano o el uruguayo ofrecen ejemplos de estas instituciones. En cambio, en los sistemas políticos menos estables como el boliviano, el ecuatoriano o el peruano los *think tanks* internos son difíciles de definir y las relaciones se basan más en los roles de individuos claves o redes de políticas.

Por otro lado, los *think tanks* externos son más comunes en la región, en parte porque los recursos disponibles para la investigación son, en su mayoría, extranjeros. En estos casos, y con la posible excepción de la cooperación alemana a través de fundaciones como la Konrad Adenauer Stiftung, la Hanns Seidel Stiftung y la Friedrich Ebert Stiftung, la independencia de los centros de investigación es una condición para acceder a los fondos y también para ejercer influencia sobre el espacio público.

En consecuencia, Adolfo Garcé sugiere una tipología de las relaciones entre los partidos políticos y los *think tanks* en cada país sobre la base de dos variables: el grado de institucionalización de los partidos políticos y el grado de conexión de estos con los *think tanks* externos. Los estudios, por su parte, ofrecen una mirada más detallada del tipo y la intensidad de conexión entre partidos y centros.

La realidad en cada país es distinta y los estudios así lo confirman, pero juntos nos brindan un panorama más completo de la región. Más importante aún, nos ofrecen comparaciones positivas entre contextos muy distintos, así como posibles estrategias de intervención para la promoción de una mejor interrelación entre el conocimiento y la política.

Coincidencias de roles entre partidos políticos y *think tanks*

Existe cierta coincidencia entre los autores de estudios de caso sobre los roles de los partidos políticos: (i) ofrecen un espacio de debate y deliberación para la agregación de visiones, misiones y objetivos de diversos actores políticos; (ii) articulan estas demandas políticas en programas de políticas que constituyen planes o alternativas de gobierno; y (iii) desarrollan una cantera de futuros políticos, tomadores de decisiones y funcionarios públicos.

Estos roles coinciden con aquellos asignados a los *think tanks* reseñados en los estudios de este documento, y ayudan a describir las relaciones entre ambos tipos de organizaciones. Primero, es posible considerar a los *think tanks*, en particular a los centros internos, como legitimadores de las políticas, propuestas o demandas de los partidos políticos. Tal legitimización puede ser posterior a la definición de la política, como en los casos

descritos en el Ecuador, Bolivia y el Perú; pero puede ser igualmente vista como el establecimiento de la base ideológica o científica sobre la cual se desarrollan las políticas, como en los casos descritos en Colombia, el Perú y Chile.

Segundo, los *think tanks* actúan como espacios de debate y deliberación o, como sugieren Orazio Bellettini y Melania Carrión en el estudio del Ecuador, cajas de resonancia para políticos y tomadores de decisiones. Ofrecen a los líderes políticos la oportunidad de considerar alternativas y desarrollar sus propuestas fuera del ámbito público, en el cual las presiones naturales de un espacio inestable y altamente disputado harían imposible una reflexión basada en evidencia. Este espacio seguro, sin embargo, no es solo útil para la promoción de políticas sino para la protección de las ideas y sus proponentes. Este es el caso de los *think tanks* chilenos durante la dictadura militar y de algunos centros de pensamiento peruanos centrados en la promoción de los derechos humanos durante el gobierno de Alberto Fujimori.

Tercero, los *think tanks* en Bolivia, el Ecuador y Chile han cumplido el rol de conductos financieros para partidos políticos asociados a estos centros. Este rol, sin embargo, es algo limitado y se observa principalmente en las estrategias de apoyo de las fundaciones partidarias alemanas. No obstante, a medida que el enfoque en políticas públicas se incrementa y se haga un mayor uso de la investigación en los partidos políticos, es posible sugerir que los *think tanks* actuarán como eslabones clave en la relación donante-partido, convirtiendo los fondos de la cooperación internacional en insumos para los partidos.

Cuarto, los *think tanks* buscan, casi por definición, la adopción e implementación de propuestas de políticas, y lo hacen mediante el desarrollo de redes de políticas o de redes tecnocráticas, como en el caso peruano. Estas redes, como los espacios de debate o cajas de resonancia, vinculan a los actores políticos con los investigadores y expertos de la misma manera como los partidos políticos congregan a sus miembros para el desarrollo de propuestas programáticas.

Finalmente, como resulta claro en el caso de Chile, los *think tanks* latinoamericanos sirven como proveedores de cuadros políticos para los partidos y los gobiernos y, por qué no, para la cooperación internacional y el sector privado.

Estos roles ofrecen oportunidades de colaboración y competencia con los partidos políticos y explican, en parte, la riqueza de la historia de la relación entre ambos actores. Tal coincidencia de roles ayuda a explicar también por qué en muchos casos la cooperación internacional ha preferido el trabajo con la sociedad civil por sobre los partidos políticos.

Pero existe una diferencia clave que a veces parece olvidarse. Los *think tanks* no se presentan, por lo menos no de manera explícita, a elecciones; ni buscan colocar a sus representantes en cargos públicos mediante comicios electorales. Esta diferencia es importante porque resalta el origen de la legitimidad de ambos tipos de organizaciones. Mientras que los *think tanks* dependen de la credibilidad del conocimiento que generan o usan, la legitimidad de los partidos políticos depende de la opinión pública (expresada a través del voto o la intención de voto).

La rica historia de la relación entre *think tanks* y partidos políticos en la región muestra diversas oportunidades de colaboración entre ambos. En los casos de colaboración, se pueden ver fortalecidos tanto los partidos como el sistema político. Y este fortalecimiento promovería un mejor uso de la evidencia en las políticas públicas, sin necesariamente debilitar al sistema político ni a sus actores.

Los estudios de caso

En el caso de Bolivia, Carlos Toranzo sostiene que el sistema tradicional de partidos parece haber colapsado, y con él el rol de los *think tanks* en el proceso formal de las políticas. Según Toranzo, el Movimiento al Socialismo (MAS) del presidente Evo Morales no busca constituirse como un partido sino, más bien, reemplazar la democracia representativa por una de participación directa. En este contexto, el rol de los *think tanks* ha sido desempeñado por diversas ONG y organizaciones de base que trabajan de la mano con los movimientos sociales que conforman la alianza MAS. Ambos, los partidos y los *think tanks* tradicionales, permanecen algo aislados.

En el Ecuador, la relación entre *think tanks* y partidos políticos es algo más discernible pero igualmente débil. Bellettini y Carrión sugieren que los partidos políticos y los *think tanks* han sido afectados por la debilidad de la enseñanza de las ciencias políticas, que ha imposibilitado el desarrollo de estructuras partidarias modernas así como una oferta de análisis y propuestas de políticas basadas en evidencia. En consecuencia, las relaciones entre partidos y *think tanks* han sido diversas, desde las más programáticas e institucionales (aunque fuertemente dependientes de personajes clave) y de alta fluidez como las del ILDIS y el partido Izquierda Democrática y la Democracia Cristiana, a las más espontáneas y de baja fluidez como la de FLACSO y el movimiento Alianza País.

Particularmente interesante, en los casos de Bolivia y el Ecuador, es el rol jugado por las fundaciones alemanas que, a diferencia de otros donantes, han optado por apoyar no solo a la oferta de investigación sino también a la demanda. Han fomentado el fortalecimiento de los partidos y también las relaciones entre partidos y centros afines. Este apoyo escapa al enfoque tradicional de fortalecimiento organizacional y apunta a la

mejora del sistema político, dentro del cual los *think tanks* y los partidos son dos entre muchos otros actores.

El caso del Perú parece un intermedio entre los estudios incluidos en el presente volumen. Según Martín Tanaka, Sofía Vera Rojas y Rodrigo Barrenechea, se han formado redes tecnocráticas integradas por políticos, investigadores expertos y representantes de los poderes de facto que lideran el proceso de definición de la agenda, así como la formulación y evaluación de opciones de políticas. Estas redes no sustituyen del todo a los partidos políticos o a los *think tanks* sino que ofrecen un vínculo informal entre ambos, pero principalmente entre expertos en el gobierno y en los centros de pensamiento. Pero ya que el vínculo es entre políticos y expertos y no necesariamente las organizaciones a las que pertenecen, estas redes pueden contribuir a su debilitamiento. Es importante poner de relieve también que la formación de estas redes responde a un proceso político en el que los partidos no han tenido la oportunidad de fortalecerse —sea por la brevedad del período democrático de la década de 1980 como por la política antipartidaria del gobierno de Fujimori durante la década de 1990—, y las relaciones entre partidos (o políticos) y *think tanks* —y sus expertos— no han podido institucionalizarse.

Como ha ocurrido en los otros países, buena parte de la historia de la relación entre *think tanks* y partidos en el Perú se ha visto afectada desde adentro por las políticas de los gobiernos de turno hacia el sistema político y sus actores (incluyendo a los centros de pensamiento). De hecho, durante la década de los noventa el gobierno de Alberto Fujimori logró debilitar a los partidos políticos al grado que estos fueron reemplazados por movimientos políticos y sociales. Este cambio en el liderazgo político habría tenido consecuencias directas sobre los *think tanks* —no acostumbrados a trabajar con estos nuevos actores—, además de incrementar la desconfianza existente entre ambos tipos de organizaciones. Es por esta desconfianza entre los partidos y los *think tanks* que las redes tecnocráticas informales emergen como una opción más viable.

Con un sistema partidario más estable, Colombia ofrece mejores ejemplos de alianzas entre partidos y *think tanks*, muchas de estas íntimamente relacionadas con el surgimiento de los propios partidos. Juan Fernando Londoño señala que los partidos Liberal y Conservador, y las distintas facciones que han surgido en sus largas historias, encuentran sus orígenes ligados a espacios de debate intelectual e ideológico, sea un medio de prensa dirigido por el líder (o futuro líder) del partido o facción, un centro u organismo de investigación o un proceso de debate intelectual como parte de un programa de investigación o un proceso interno de reforma o reflexión partidaria. Esto nos introduce a ejemplos más concretos de relaciones formales e institucionales entre partidos y *think*

tanks (no obstante la influencia de personajes “de peso”), pero también a relaciones afectadas por procesos de largo plazo, como los períodos de concertación política entre los principales partidos colombianos, como sucedió durante el Frente Nacional (o en sentido contrario, aquellos de hostilidad como en el Perú de las décadas de 1980 y 1990).

A diferencia de lo que podría esperarse, la falta de competencia entre los principales partidos durante el período del Frente Nacional redujo los espacios de debate y, por lo tanto, la demanda por evidencia y la necesidad de fortalecer alianzas o relaciones con *think tanks*. La ausencia de competencia política produjo, además, una suerte de crisis de identidad al interior de los partidos que contribuyó a una intensificación del debate personal interno en desmedro del debate programático, reduciendo así la demanda por *think tanks* y sus servicios.

Algo similar se observa en el caso de Chile durante los años de la Concertación, después del retorno a la democracia en la década de los noventa. En el estudio de caso de Matías Cociña y Sergio Toro apreciamos, además, cómo interactúan organizaciones más desarrolladas e institucionalizadas. Allí los *think tanks* reflejan con mayor claridad el contexto en el que fueron creados. Por ejemplo, aquellos formados durante la dictadura de Augusto Pinochet buscaron establecer espacios seguros para los académicos e intelectuales de izquierda perseguidos por el régimen, y lograron desarrollar plataformas de oposición política y programática. Con la caída de la dictadura, estos *think tanks* se constituyeron en la fuente de cuadros e ideas para el nuevo gobierno de concertación democrática, por lo que se vieron significativamente debilitados. Con la democracia surgieron nuevos centros de investigación y fundaciones desde el campo del antiguo régimen, decididos a proteger las reformas realizadas durante las décadas pasadas.

Al igual que en el caso colombiano, la Concertación trajo consigo el estancamiento ideológico de los partidos y centros de pensamiento alineados, lo que llevó, con el nuevo milenio, a la formación de nuevas organizaciones que cumplieran el rol de *think tanks*, pero utilizando estructuras y modelos de gestión modernos. Estas nuevas redes y alianzas buscan romper con los parámetros formales del espacio partidario o temático y reactivar así el debate ideológico y programático.

En general, hallamos historias verdaderamente intrigantes y complejas sobre el desarrollo de algunos de los centros de pensamiento más influyentes de la región; los estudios de caso apenas pueden hacerles justicia. Todas ellas muestran procesos internos afectados por los mismos contextos políticos que buscan afectar. Estos estudios describen organizaciones distintas que cumplen los roles de los *think tanks* y son justamente estos roles los que constituyen un tema central del presente trabajo.

Lo que sí encontramos en estos estudios de caso es que tanto el nivel de desarrollo del sistema político como el de las relaciones entre partidos y *think tanks*, considerados por Garcé como los ejes principales de su análisis, están cercanamente vinculados al grado de competencia o colaboración existente entre ambos tipos de organizaciones. Bellettini y Carrión, entonces, sugieren un modelo que se enfoca en la vinculación ideológica-orgánica y la fluidez o intensidad de los intercambios. Este modelo permite incorporar la complejidad de las relaciones entre partidos y *think tanks*: la emergencia de ideologías comunes, la exploración de modelos de cooperación, la consolidación de alianzas, la experimentación en la arena política y, en algunos casos, las rupturas de las relaciones.

¿Qué nos dicen estos estudios a quienes estamos interesados en reforzar las relaciones entre conocimiento y práctica?

Principalmente, el presente trabajo confirma que los *think tanks* —o centros de pensamiento o de investigación— son actores políticos. No es posible pensar en ellos como separados de la política o pertenecientes a una comunidad aislada que debe ‘comunicarse’ con la comunidad de la política y las políticas. Aparecieron como parte del proceso político y han sido marcados por una constante interacción con otros actores políticos: en Colombia han sido instrumentos de la lucha por el poder político, mientras en Bolivia la caída de los partidos provocó el debilitamiento de los *think tanks*.

Además, estos actores constituyen un grupo heterogéneo y no pueden ser descritos de acuerdo a un patrón preestablecido o alguna definición académica o formal. Podríamos decir incluso que los *think tanks* son nada más que espacios (algunos más institucionalizados que otros) en los cuales convergen fuerzas o actores académicos, técnicos, prácticos, políticos y activistas. Estos espacios mismos cumplen diversas funciones dependiendo del actor al que se refiera nuestro análisis, como la formulación de propuestas, la legitimación de políticas, la facilitación de procesos de debate o deliberación (cajas de resonancia), la provisión de cuadros técnicos para los partidos o las instituciones públicas y hasta la protección, tanto literal como figurativa, de ideas e intelectuales. El desarrollo de estas funciones o roles, por su parte, también está supeditado al contexto en el que operan y debe responder a las necesidades del espacio político.

Los estudios de caso demuestran, además, que existe un continuo en la relación entre partidos y *think tanks* que, tal como sugiere Adolfo Garcé en su estudio marco, depende de una serie de factores vinculados al contexto externo de la relación y las características internas de ambos grupos. Estas relaciones dependen del origen de los *think tanks* y sus vínculos con personajes de la política, así como con movimientos, ideologías, partidos y hasta posiciones políticas. El análisis de Bellettini y Carrión nos permite —y obliga a— mirar con mayor detenimiento la naturaleza de esta relación.

La discusión sobre los *think tanks* y sus relaciones con los partidos en distintos contextos políticos nos hace también aceptar que, pese al poco respeto o credibilidad del que gozan los partidos políticos en la región, estos existen y son importantes y necesarios para la generación e implementación de políticas. Cuando los partidos son débiles y poco institucionalizados, el sistema político es igualmente débil y las oportunidades de desarrollo de *think tanks* se ven consecuentemente afectadas. Por ejemplo, los movimientos sociales en Bolivia han reemplazado a los partidos políticos en el cumplimiento de algunas de sus funciones, pero muestran las mismas características de los partidos débiles en sistemas políticos débiles; y en el Perú, la permeabilidad de los partidos y los centros de pensamiento ha promovido el desarrollo de espacios que justamente operan aprovechando y profundizando esa debilidad.

Entonces, promover el mejor uso de la evidencia en los procesos de las políticas requiere de un tratamiento de la investigación como un proceso político llevado a cabo —para bien o para mal— por actores y organizaciones que son parte del sistema político. Requiere, por lo tanto, alzar la mirada más allá del apoyo a organizaciones o individuos y considerar a las instituciones y sistemas en los que estos existen, que pueden servir de plataformas de colaboración, canales de comunicación y hasta espacios de aprendizaje. La labor de las fundaciones alemanas en los casos estudiados es particularmente interesante.

Mejorar las relaciones entre tomadores de decisiones e investigadores pasa también por la exploración y el fomento de modelos de organización innovadores que permitan, por un lado, superar las trabas de sistemas políticos débiles y, por otro lado, contribuir a su fortalecimiento. Los híbridos² que el reciente estudio del Foreign Policy Research Institute (McGann 2008) presenta como una novedad son, más bien, la norma en esta región.

En este mundo de híbridos (ya que los partidos políticos de la región podrían ser catalogados así) no es, entonces, sorprendente encontrar que buena parte de las organizaciones estudiadas carecen de independencia absoluta. Es más adecuado hablar de independencia relativa (de partidos políticos, donantes, gobiernos, medios y otros grupos de poder o interés). Los centros estudiados muestran un alto rango de diversidad en materia de esta independencia. Existe una creciente oferta de centros internos o asociados a los partidos políticos, así como de instituciones afines a los gobiernos de turno o creadas por los propios gobiernos.

Resulta interesante que, no obstante la diversidad de relaciones con los partidos políticos y los políticos mismos, así como la coincidencia de roles entre los *think tanks* y los

partidos políticos descrita más arriba, los esfuerzos por asegurar el rigor del trabajo de investigación hayan recibido menor atención que aquellos por mantener su relevancia. Esto puede deberse al aumento de la competencia tanto para los *think tanks* como para los partidos, pero, de acuerdo con los estudios, es muy probable que sea consecuencia de la falta de relaciones institucionales sostenibles o la naturaleza misma de los sistemas políticos, que no promueven mayor colaboración.

Es importante concluir esta introducción llamando la atención sobre la necesidad de explorar la relación entre los *think tanks* y los partidos con otros actores del espacio político. Los medios, el espacio legislativo, el sector público (sus organismos y líderes), el sector privado y corporativo, los organismos internacionales, la Iglesia, los movimientos armados y otros poderes ocultos que, como el narcotráfico, y en mayor o menor medida dependiendo del país, juegan roles sumamente importantes en la política nacional y local de más de un país latinoamericano.